

que provocaría que la Humanidad se hubiera fragmentado y diferenciado en su propio interior «atravesada por muros que dividen, unida por vectores de poder que la arrastran y por desafíos planetarios que la amenazan; una humanidad dividida que por su falta de homogeneidad e impureza no es “multitud”, sino mas bien “humanidad casual”» (p. 43). La globalización por lo tanto habría agudizado el conflicto o las contraposiciones entre lo universal y lo particular, entre la Humanidad y las culturas, que en cualquier momento podrían asaltarla. Dice Galli: «las culturas como inmediatez son el modo de ser de la humanidad casual; no son eticidad sino narración virtual; no producen forma política (el Estado) sino que acentúan su pulverización» (p. 50). Ante esta situación, en la que los distintos Estado-nación han sido sobrepasados por la cuestión del multiculturalismo se han dado tres posibles soluciones de «freno»: a) la asimilación plena del extranjero, que lo obliga a abandonar su cultura y a que adquiera los valores ético-políticos de la cultura de la que es huésped; b) la integración, mediante la cual se hace entrar a los extranjeros en un sistema de derechos y deberes universalmente válido para todos, prescindiendo de las culturas y, c) lo que el autor ha llamado: «la familia de

soluciones multiculturales», que implicaría poner el énfasis positivo sobre las culturas, y la asunción de que sea posible una coexistencia que no implique su plena neutralización. Se trataría en el fondo de reconocer la «desarmonía» de la política, «por tanto, pensarla como movimiento y como contradicción, y atribuirle la finalidad no de garantizar la estabilidad y la seguridad, sino de abrirse a la contingencia, es decir realizar interacciones siempre mudables e in-estables entre sujetos cuya esencia no es la de identificarse con instituciones o en las culturas sino vivir las propias diversidades como constitutivas de la humanidad concreta» (p. 73). En suma, se trataría de repensar una Humanidad desde la propia contingencia y el conflicto que haga posible la elaboración de un «común» capaz de salir de la lógica confinatoria del Estado. Con ello, el profesor Galli ha perseguido poner el acento en una praxis social que persigue el bien de los seres humanos mediante la ayuda y la cooperación, desde el reconomiento del disenso, más allá de las formas concretas de vida y de creencia, y que permita el dialogo fundado en algo más que la tolerancia y la buena voluntad.

David Soto Carrasco

HEINE, Heinrich: *La escuela romántica*, edición de Juan Carlos Velasco, Madrid, Alianza Editorial, 2010, 287 pp.

Heinrich Heine (Düsseldorf 1793-París 1856) es un romántico detractor de *La escuela romántica*. Hacia 1813, a los veinte años, todavía vibraba con el tierno e imaginativo romanticismo de la poesía de Ludwig Uhland, el maestro de los cantares sencillos y de un romanticismo «caballeresco y católico», pero en 1833, año del inicio de los informes periodísticos que

condujeron a la publicación de *La escuela romántica* (1833-1835), Heine, radicado en París tras las reaccionarias consecuencias de la Revolución de Julio en Alemania (1830), no siente sino amargura y enojo por su patria y por los intelectuales que apoyaron esos procesos. París no es sólo su refugio político, es lo que Heine quiere y necesita: tribuna!; es «el hogar» donde

«la sociedad europea» está en casa, tiene su Salón y su capital (191).

La escuela romántica es una batería contra varios blancos. Es un ajuste de cuentas con los intelectuales de la escuela, cuya cabeza principal es Friedrich Schlegel, pero también apunta contra su hermano, August W. Schlegel, importante gestor en la divulgación europea de las ideas del romanticismo alemán y, sobre todo, de la imagen de pesantez de los alemanes que estaba en curso entre los franceses: un país de «poetas y pensadores», de teóricos sin praxis. Como preceptor de los hijos de Madame de Staël y «caballero de compañía» de sus viajes, August Schlegel influyó mucho en el célebre libro de esta autora, *De l'Allemagne*, que presentaba una Alemania que, como ella, era un bastión antinapoleónico. Para Heine esto era una herida abierta que había que curar; había que mostrarle a los franceses, a los alemanes y a los europeos, que Alemania también era patria de la Ilustración y del espíritu cosmopolita, que también era moderna y no medieval, y que *La escuela romántica* era «caso resuelto», un pasado lamentable, subsanado ahora por una nueva generación en la que él mismo se contaba, la «Joven Alemania», de pensamiento republicano y revolucionario, sin más fe que la del progreso económico y social para este mundo de nuestra vida cotidiana (197s.).

Estas motivaciones básicas de Heine son las que le dan a *La escuela romántica* el tono tan apasionado que la atraviesa de principio a fin, pero también una abrumadora parcialidad. El título del libro evoca el tratamiento de una cuestión histórico-académica, pero en realidad se trata de una perla periodística de la crítica literaria, practicada desde la lectura política de la literatura y una concepción contestataria del intelectual. Si uno comparte con Rüdiger Safranski (*Romanticismo*, Barcelona, Tusquets, 2009, p. 15)

la apreciación de que el romanticismo «es bueno para la poesía y malo para la política», el libro de Heine lo deja a uno con la impresión de que el romanticismo es también nefasto para la poesía. Esta agresividad estimula tanto más el disfrute provechoso de su lectura, y hace de *La escuela romántica* un documento de obligatoria lectura, la sombra que el romanticismo no puede disimular, el trago amargo que cualquier incondicional actual del romanticismo también tiene que beber.

Friedrich Schlegel es el intelectual que define para la época lo romántico, quien reconoce la inspiración cristiana de su concepción del mundo y quien ubica en la Europa medieval el imaginario caballeresco que lo caracteriza. En su estela descuellan poetas como Shakespeare y Cervantes, quienes para Schlegel eran los románticos auténticos y genuinos. Si los europeos tuvieran que confrontarse con los griegos y distinguirse de la herencia grecolatina, y si tuvieran que hacer un balance y compendiar en qué son originales, sería en lo romántico, en esa manera de novelar el mundo que ya no es la épica antigua sino una novelesca, perceptible todavía como un faro de salvación cristiano-europea, ante la arremetida del racionalismo moderno, su crítica a la religión y su programa de desacralización del mundo. Hacia 1800 dominaban en la literatura alemana el neoclasicismo de Wieland, el *pathos* moral de Schiller, el *Sturm und Drang* de Goethe, el teatro burgués de entretenimiento de Iffland y Kotzebue. Contra esta literatura y gracias a su concepto de lo romántico, los Schlegel –cuyos méritos Heine reconoce– lograron imponer una nueva poética para la crítica literaria de las obras del pasado y un programa alemán para la literatura próxima (72s).

Pero si este es el principio meritorio de la escuela romántica, los hechos políticos

acarreados por las campañas napoleónicas para Alemania, primero por la ocupación humillante (1804-1813) y luego por el triunfalismo delirante tras la victoria de 1814, involucran la escuela en el nacionalismo estrecho de *patria y credo*, en el cual se embarca Prusia, amparada por el Congreso de Viena de 1815. Esta política dominó hasta finales de los años veinte, y es el período en el cual la escuela se convierte en la cultura alemana del Establecimiento. Para Heine, en cambio, estos años son la época de la pesadilla alemana, y su rechazo a la escuela de los Schlegel obedece al hecho de que sólo les importó florecer y sobresalir. Como intelectuales, no se pusieron de parte de las fuerzas sociales que luchaban por la renovación y la modernización de Alemania, sino que apoyaron las políticas de hostilidad del gobierno a todo lo que trasluciera espíritu francés, patrocinando la glorificación oficial de lo alemán y su viejo cristianismo. Como lo resume Heine en su crítica: «La escuela nadaba a favor de la corriente, de aquella curiosa corriente que fluía hacia la fuente en vez de hacia la desembocadura. Cuando por último triunfaron plenamente el patriotismo alemán y la nacionalidad alemana, triunfó también definitivamente la escuela nacional-germánico-cristiano-romántica, el «arte-neo-alemán-religioso-patriótico»» (82). El elogio inicial de la escuela y su descalificación final no deben hacer creer que ahí se queda el juicio de Heine. En realidad, *La escuela romántica* es un recorrido erudito y apasionado, no sólo por la literatura y los autores de este período, sino por la atmósfera intelectual de la Alemania de la Restauración. Es un zarpazo contra las posiciones absolutistas y reaccionarias a cuyo servicio se pusieron intelectuales, filósofos y eclesiásticos notables, pero es también el reconocimiento de Heine a los grandes momentos de este período.

La óptima edición de *La escuela romántica* está a cargo de Juan Carlos Velasco. Su estudio preliminar, «Heine y el final del período artístico» (7-35), compendia bien la contribución intelectual de Heine: si Goethe representa la independencia de espíritu que se pone por encima de las circunstancias, la atemporalidad olímpica del arte, *La escuela romántica* es el arte que pretende conducir la historia, pero que se coloca en el lado equivocado. El romanticismo significa para la conciencia artística, y Heine se considera uno de sus lugartenientes, la pérdida de la inocencia sobre la función histórica del arte. Resulta ya imposible el arte por el arte, la literatura por la literatura. Velasco compara de un modo acertado la labor de Heine en la literatura con la de Hegel en la filosofía: para ambos, literatura y filosofía debían ser, respectivamente, la aprehensión de la época en el pensamiento y en las demandas de la libertad. Este cometido fue el que, según Heine, malogró la escuela romántica, pues en vez de darle a su época lo que necesitaba, le dio lo que aplaudía. Además, el estudio preliminar no es sólo útil para entender mejor *La escuela romántica*, sino la confrontación de Heine con los debates de la época, pues como bien lo señala, *La escuela romántica* es inseparable del otro ensayo que Heine publicó en la misma época, *Sobre la historia de la religión y la filosofía en Alemania*, obra editada también por Velasco (Madrid, Alianza Editorial, 2008). La presente edición queda enriquecida con seis *Anexos*, que complementan la definición del romanticismo y el horizonte en el cual Heine pretendió intervenir como intelectual. El aparato crítico y estos selectos anexos hacen de esta edición la versión más completa hasta hoy de *La escuela romántica* en lengua española.

Javier Domínguez Hernández
Universidad de Antioquia, Medellín